



MEMORIAS SOBRE EL TRAUMA NACIONAL

Por Eduardo Posada Carbó

Guerras, memorias e historia es el título de un libro escasamente divulgado de Gonzalo Sánchez,ⁱ el destacado estudioso de la violencia colombiana. Autor de varios trabajos en la materia y coordinador de la Comisión para el estudio de la violencia convocada por la administración Barco,ⁱⁱ Sánchez nos ofrece allí una serie de reflexiones donde reitera algunos de sus argumentos en obras anteriores, pero también revela significativas reconsideraciones y sugerencias, además de atar las preocupaciones centrales de su tarea historiadora a los dilemas contemporáneos del país frente a los traumas colectivos del conflicto armado.

Su interesante texto abre con una evocación personal.

Sánchez creció huyéndole a la violencia que, a mediados de siglo, golpeó El Libano, Tolima, su tierra natal. Su primera aproximación al problema no fue entonces la del académico, sino la del “testigo” y “observador participante” - una “prenarrativa” que le remitiría siempre a sus “orígenes”, a su “infancia”, a su “pueblo” -. Así sus trabajos intelectuales pasaron a ser, en sus palabras, especies de “exorcismo o catarsis” de sus “temores y aprehensiones infantiles”, una forma de entender ese “monstruo” que dominó sus primeros años.

Aunque no todos los colombianos sufrieron por igual las brutalidades de la Violencia, sus horrores siguen marcando de una u otra forma la conciencia colectiva, hasta la misma percepción de la nacionalidad. Sobre todo cuando sólo a la vuelta de un par de generaciones la historia parecería repetirse. Sánchez recurre a la figura del “desplazado” para retratar el sufrimiento de la sociedad en el presente - el “desplazado” como símbolo del desarraigo, de “nuestra propia inestabilidad” -. “En la Colombia de hoy”, nos dice, “todos somos, de alguna manera, desplazados”. El desarraigo viene acompañado de la pérdida de referencias, del despedazamiento de la memoria.

El problema de la reconstrucción de un pasado traumático no puede desvincularse entonces de las diversas experiencias individuales, pero es también un reto para toda comunidad que ha sufrido la guerra. No es un reto fácil, de simple respuesta. Que se dificulta enormemente en circunstancias como las actuales colombianas, en que los procesos de reconciliación no parecen definitivos, en vista de la sobrevivencia de la lucha armada.

* * * * *

El libro de Gonzalo Sánchez tiene el mérito de abordar el tema desde un amplio panorama de larga duración, y de señalar muchos de sus más complejos aspectos.

No tengo espacio aquí para examinar en detalle cada uno de ellos. Tan sólo me interesa comentar algunas de sus hipótesis que me parecen cuestionables y destacar otros puntos de interés, que encuentro de particular relevancia para la discusión sobre la búsqueda de la paz en democracia.

Sánchez caracteriza nuestras “guerras civiles” como “guerras inconclusas”, ya que “con frecuencia”, una habría motivado la siguiente, “haciendo de la paz ‘una simple suspensión temporal de las hostilidades’”: “... Las guerras se terminan pero no se resuelven”.

Con seguridad cada una de las ocho guerras civiles del siglo diecinueve colombiano terminó sin satisfacer todas las demandas de las partes en los respectivos conflictos. Pero, por lo general, las guerras llegaban a fines pactados, con acuerdos de alguna forma resolutivos.ⁱⁱⁱ Que el Estado central y los distintos gobiernos locales no tuviesen la capacidad represiva para evitar nuevos levantamientos fue una razón importante en el origen y desarrollo de esas guerras - una dimensión del problema subvalorada en las reflexiones de Sánchez -.

Dudo además que el supuesto carácter inconcluso de unas guerras hubiese sido el motivo de otras.

Las motivaciones de todas solieron ser múltiples, y, una vez desatadas, adquirirían sus propias dinámicas, dando a veces paso a otras razones que alimentaban los conflictos. (En una pequeña investigación que hice sobre la guerra civil de 1875^{iv} - un conflicto confinado a la Costa Atlántica, de esos que Gustavo Arboleda clasificó entre el medio centenar de revoluciones locales -, alcancé a compartir la hipótesis de Sánchez, al sugerir en su conclusión que, sobre las cenizas de esa guerra, se levantaría la que le sucedió en 1876. Esa sugerencia hoy me parece de sustento débil: el componente religioso de la guerra de 1876 está ausente en la guerra del año anterior).

Tampoco me parece acertado considerar los períodos de paz como simples suspensiones temporales de las hostilidades.

La paz que se logró en 1902 resolvió insatisfactoriamente el problema de la representación liberal, pero el arreglo - con posteriores ajustes -, perseveró por cuatro largas décadas. Al desatarse la Violencia tras el *bogotazo*, fueron otros los actores y otras las circunstancias. El Frente Nacional puso fin a la violencia sectaria entre liberales y conservadores - la suya no fue una “suspensión temporal de hostilidades” -. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) pueden trazar sus orígenes a décadas anteriores, pero los grupos guerrilleros que irrumpieron en el escenario en las décadas de 1960 y 1970 fueron nuevos protagonistas de una guerra distinta, orientada en distintas ideologías.

Detrás de estas hipótesis se encuentra la noción de “guerra permanente” que habría permeado toda la historia de Colombia, hoy una de las ideas más arraigadas tanto en la historiografía como en el debate de opinión.

Sánchez había postulado tal idea en un ensayo de 1982, aunque advierte que reformuló su tesis original años más tarde en un artículo que después formó parte de su libro *Guerra y sociedad en la política colombiana*.^v La noción ganó popularidad en su postulación más simple, sin las sutilezas de su reformulación.^{vi} De todas formas, Sánchez insiste en la excepcionalidad colombiana en el contexto latinoamericano y en una “cultura de la violencia”, entendida como una “tendencia históricamente identificable, explicable y recurrente de la guerra”.

La noción de “guerra permanente” - incluso en su versión reformulada -, tendría que ser objeto de un examen crítico más sistemático. Fueron muchas las guerras decimonónicas, pero también fueron muchos, quizá más, los años de paz durante el siglo diecinueve. Ya mencioné las cuatro largas décadas de paz que transcurrieron entre el fin de la Guerra de

los Mil Días y la Violencia. Y la tesis de la continuidad entre la Violencia de mediados de siglo y el conflicto de hoy ha sido cuestionada por Daniel Pécaut, entre otros investigadores.^{vii}

Estas y otras caracterizaciones de la guerra - incluso cómo llamarles -, son el punto de partida de Sánchez para abordar el tema central que le ocupa en este libro, el de “representaciones” de nuestro pasado conflictivo. Esas caracterizaciones determinarían las diversas formas que adoptan las memorias sobre nuestro pasado: “circulares”, “residuales”, “fragmentadas”.

La forma dominante, Sánchez parece sugerir, sería sin embargo la no-memoria, los intentos de borrar del recuerdo ese pasado vergonzante, reflejados hasta en las amnistías, o en los esfuerzos literales de suprimirlos “con el incendio y destrucción de archivos”. No sólo habríamos vivido así rehuendo de la reconciliación con el pasado, sino también perpetuando las guerras: al “hacer como si las guerras no hubieran existido, en aras de la reconstrucción de la unidad social y política de la nación”, la sociedad se estaría negando a resolverlas.

La diferencia de percepciones quizá sea aquí generacional. Pues, por lo menos desde mis años de estudiante universitario - desde 1974 -, no logro identificar esa actitud nacional de “hacer como si las guerras no hubieran existido”.

En 1977, *La Violencia en Colombia* (1962), el libro de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna llegaba a su octava edición. En 1975 Alberto Lleras Camargo - arquitecto del Frente Nacional - publicó el primer volumen de sus memorias - *Mi gente* -, donde asoció - equivocadamente, creo -, la identidad nacional

con la guerra. Las representaciones de la violencia en el arte y la literatura tuvieron quizá más impacto - baste señalar *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez (antecedida, recordemos, por *El Cristo de espaldas*, de Eduardo Caballero Calderón que, publicada originalmente en 1953, ya en 1961 llegaba a su cuarta edición).

Tampoco logro identificar aquella actitud en nuestro pasado más remoto. A las guerras civiles seguían los relatos de sus participantes - una literatura relativamente extensa, sobre la que llamó la atención Malcolm Deas en su ensayo sobre la Guerra de 85 -. El tema de las guerras civiles - o de cómo consolidar el orden -, fue una preocupación constante de nuestros más destacados publicistas del siglo diecinueve.

En vez de “hacer como si las guerras no hubieran existido”, las referencias del imaginario colombiano, por lo menos desde la década de 1960, se acercarían cada vez más a un pasado casi exclusivo de guerras.

Esta omnipresencia de la guerra en el imaginario nacional no resuelve, sin embargo, el problema de la memoria colectiva examinado por Sánchez, ni le hace justicia a las víctimas.

La explicación, en parte, la ofrece el mismo Sánchez: la sobrevivencia del conflicto armado imposibilita la reconstrucción de la memoria. Más aún, el ambiente de terror sufrido en las últimas décadas alimenta mayores confusiones, e impide el desarrollo del clima de opinión apropiado para repensar el pasado. Cualquier relectura del pasado será, de todas formas, necesariamente plural. Sánchez hace bien en advertirnos que “...no hay que aspirar a un imposible ... relato común de la guerra o de la historia nacional”.

Podríamos aspirar sí a un mayor diálogo entre distintos y, con frecuencia, contradictorios relatos. El papel de la disciplina histórica no puede ser otro que el de una conversación permanente con ese pasado, abierta a revisiones a la luz de nuevas evidencias o interpretaciones, con la modesta finalidad de aprender a apreciar las complejidades de todo proceso social.

Sánchez reconoce que habrían sido “las exigencias de comprensión de la guerra actual”, las que habrían “llevado en años recientes a un redescubrimiento ávido de las guerras del siglo XIX.... Como si el reencuentro con el pasado fuera, al mismo tiempo, panorama del presente”. Esta observación debería tomarse como advertencia: no se puede siempre entender el pasado con nuestras preocupaciones presentes.

La reconciliación de una comunidad con un pasado traumático no es una tarea fácil - ni en Colombia ni en ningún otro país -. Aunque Sánchez ofrece varias referencias comparativas, habría que subrayar que no estamos frente a un problema excepcional colombiano. Baste un ejemplo local, en otro país: pasó mucho más de un siglo para que se llegase a un consenso de cómo conmemorar la tragedia de los conocidos Haymarket Riots en Chicago, ocurrida en 1886.^{viii} Y otro más cercano: la actitud española del olvido tras la Guerra Civil, experiencia que Malcolm Deas ha sugerido tener en cuenta cuando se logre la paz anhelada en Colombia.^{ix}

* * * * *

Pese a las diferencias que puedan tenerse con sus interpretaciones, el libro de Gonzalo Sánchez en una valiosa contribución a un tema de suma importancia para el porvenir colombiano.

Su texto acierta en identificar un problema que, en medio de los horrores de la tragedia, pasa desapercibido: “estamos frente a un problema de memoria”. No estoy de acuerdo con que la guerra haya sido “la forma dominante de construcción de nuestra identidad nacional”, pero sí creo que acierta también cuando sugiere la necesidad de retomar “un trabajo de crítica de los ideales, valores y principios” que habrían alimentado cierto espíritu de guerra en nuestra historia. Comparto así mismo su propuesta de una visión del pasado “que nos devuelva el sentido de identidad y de pertenencia y la confianza hacia el futuro”.

Sánchez ofrece además algunas reconsideraciones que encuentro de especial significado. Frente a un presente invadido por la guerra, nos dice, hay “un exceso de memoria del país como violencia, que sobredimensiona la visión de su presente como repetición de su pasado”. Con apreciable franqueza intelectual, reconoce que su propio trabajo - en conjunto - quizá dramatizó “un tanto los aspectos guerreros, minimizando los rasgos civilistas y las conquistas de la historia colombiana en otros órdenes...”, tal vez como reacción a lo que percibía entonces como la exageración de las virtudes civilistas y democráticas del país.

Y termina sus reflexiones con una invitación a una agenda investigativa que tendría que recibir mayor atención: “Tal vez sea tiempo ya de que ahora que todos conocemos las dimensiones de la guerra, y que en contraste con nuestra queja recurrente de que se la ignoraba, ha pasado al primer plano mundial, tal vez sea tiempo, digo, de volver a pensar en el potencial democrático de Colombia, en las fuerzas y en las prácticas contrarrestadoras de la violencia, en las fuerzas para la reconstrucción, en las energías

para el recomienzo. Tiempo de contraponer a las tradiciones de guerra y de violencia ‘los recursos de civilidad’”.

Mayo de 2006

Referencias bibliográficas

ⁱ Gonzalo Sánchez G., *Guerras, memoria e historia* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003).

ⁱⁱ Gonzalo Sánchez (coordinador), *Colombia: violencia y democracia. Informe presentado al Ministerio de Gobierno* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987).

ⁱⁱⁱ Perspectivas que le otorgan a las guerras civiles una naturaleza esencialmente política se apartarían quizás de la interpretación de Sánchez. Como observa Malcolm Deas, al negarse lo estrictamente político de las guerras – mientras se les enmarca bajo parámetros fundamentalmente sociales, como conflictos agrarios, por ejemplo -, se “olvida o pasa por alto lo que quiera que esos conflictos pudieron resolver y asume que no resolvieron nada”, Deas, *Intercambios violentos* (Bogotá: Taurus, 1999).

^{iv} “Elecciones y guerras civiles en la Colombia del siglo XIX: la campaña presidencial de 1875”, en mi libro *El desafío de las ideas. Ensayos de historia intelectual y política de Colombia* (Medellín: Eafit/Banco de la República, 2003), publicado originalmente en el *Journal of Latin American Studies* (Octubre de 1994).

^v *Guerra y política en la sociedad colombiana* (Bogotá: El Ancora, 1991).

^{vi} Dicha noción, por ejemplo, es una premisa básica del libro del actual Comisionado de Paz, Luis Carlos Restrepo, *Más allá del terror. Abordaje cultural de la violencia en Colombia* (Bogotá: Aguilar, 2002).

^{vii} La tesis de la continuidad entre las guerras de los Mil Días y la *Violencia* ha sido cuestionada por Malcolm Deas en “Algunos interrogantes sobre la relación guerras civiles y Violencia”, en Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, eds., *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (Bogotá, 1986). Daniel Pécaut, a su turno, ha cuestionando la noción de la continuidad de la *Violencia* y el conflicto contemporáneo en varios trabajos. Véanse: *Guerra contra la sociedad* (Bogotá, 2001); *Violencia y política en Colombia. Elementos de reflexión* (Medellín, 2003); “Colombia, un desastre anunciado”, *Le Monde*, 22/05/99; e “Hilos de la madeja”, *Lecturas Dominicales*, El Tiempo, 21/07/00.

^{viii} Sobre los problemas de conmemorar la violencia en Los Estados Unidos, con especial atención en la construcción de monumentos memoriales, véase el interesante libro de Kenneth Foote, *Shadowed Ground. America's landscapes of violence and tragedy* (Austin: University of Texas Press, 2003)

^{ix} Malcolm Deas, “En desacuerdo con ciertas ideas sobre la cultura de la muerte en Colombia”, *Yesca y Pedernal* (Medellín: Universidad Eafit, febrero 2003). Sólo en fechas recientes – por presiones de la generación de los nietos de las víctimas -, se ha comenzado a escudriñar la memoria de los españoles sobre la Guerra Civil.